De izquierda a derecha, Elvira Navarro, Andrés Neuman, Alberto Olmos, Federico Falco, Javier Montes, Patricio Pron y Andrés Barba; siete de los 22 autores incluídos en la selección de Granta, fotografiados ayer en la terraza del Círculo de Bellas Artes de Madrid. / ANTONIO M. XOUBANOVA

Los 22 de 'Granta' en español

La prestigiosa revista escoge a los mejores autores en castellano menores de 35 años, entre los que figuran Andrés Neuman, Alberto Olmos, Andrés Barba y Matías Néspolo

EMMA RODRÍGUEZ / Madrid

Son jóvenes y suficientemente arriesgados como para representar a la más prometedora narrativa en español. Cosmopolitas y libres de prejuicios, no necesitan matar a nadie, han bebido en distintas fuentes literarias y tienen en común el gusto por experimentar con las formas para derramar en ellas sus vivencias, sus historias.

Así son, a grandes rasgos, en conjunto, los 22 jóvenes escritores en nuestra lengua (de no más de 35 años) que han sido elegidos por la prestigiosa revista *Granta* como los mejores. A nombres más o menos conocidos como los de Santiago Roncagliolo, Andrés Barba, Andrés Neuman, Patricio Pron, Javier Montes, Alberto Olmos, Lucía Puenzo, Elvira Navarro y Matías Néspolo, se unen otros que, pese a tener al menos una obra publicada –requisito indispensable–, serán para los lectores y la crítica auténticos descubrimientos a los que habrá que seguir la huella.

Así, la lista, que se mantuvo en secreto hasta ayer, se completa con: Oliverio Coelho, Federico Falco, Pablo Gutiérrez, Rodrigo Hasbún, Sonia Hernández, Carlos Labbé, Pola Oloixarac, Antonio Ortuño, Andrés Ressia Colino, Samanta Schweblin, Andrés Felipe Solano, Carlos Yushimito del Valle y Alejandro Zambra.

Un abanico diverso de voces que ahora tienen la oportunidad de llegar no sólo a su público natural sino al de otras geografías gracias a la edición de la revista en inglés. Una ocasión idónea para abrir un poco más la puerta del difícil mercado anglosajón, para demostrar que los frutos de Cervantes son jugosos, que más allá de Borges y García Márquez sigue habiendo caminos, que las ramas de Bolaño, Ruiz Zafón y Javier Marías, por citar a algunos de los que han conseguido cruzar el umbral, siguen extendiéndose.

De todo esto más o menos se habló ayer, en el momento de dar a conocer la lista de los 22 autores, que los responsables de *Granta* en español, el grupo editor Duomo, había mantenido oculta, a la manera de un premio literario de impacto. «Aquí hemos buscado el talento, lo que creemos que va a perdurar en el tiempo», insistía la directora de Duomo, Valerie Miles. Y aunque parecía el inicio de la tan popular serie televisiva *Fama*, la aventura no tiene nada de ficción.

Hasta ahora los jóvenes narradores en español no habían tenido, a diferencia de sus colegas británicos y estadounidenses, el privilegio de ser descubiertos y celebrados por *Granta*. «Por contraste con la literatura anglosajona, inclinada al realismo y a la uniformidad propiciada por los talleres de escritura, nos han impresionado los riesgos y la variedad de los modos de estos narradores. Puede haber en ellos ecos de Faulkner o de Murakami, pero los llevan a su terreno. Todos resultan frescos, nuevos», señaló John Freeman, director de la edición inglesa de la publicación.

Uno de los integrantes de la lista, Matías Néspolo (también colaborador de EL MUNDO), dijo estar «honrado, contento y sorprendido» por aparecer en una lista «muy buena y muy digna», por la calidad de quienes le acompañan. También afirmó sentirse «una suerte de representante de otros muchos narradores» que no aparecen en el listado.

> Todos ellos serán a partir de ahora conocidos por el público anglosajón

El jurado responsable de la selección, encabezado por Valerie Miles y Aurelio Major, y constituido, además, por Edgardo Cozarinsky, Francisco Goldman, Isabel Hilton y Mercedes Monmany, tuvo claro que las cuotas –ni de género, ni de nacionalidad, ni de ningún otro tipo– iban a ser tenidas en cuenta; sólo el talento, el aire renovador, la intuición de perdurabilidad...

En el cómputo final hay mayoría de españoles y argentinos, lo que demuestra, en opinión de Miles, que la selección ha sido «valiente», y ha buscado, sin premisas previas, la riqueza «allí donde ahora la hay».

Las atrocidades después de Auschwitz

Giles MacDonogh denuncia los crímenes de posguerra en 'Después del Reich'

MATÍAS NÉSPOLO / Barcelona

Apagar el fuego con gasolina. O mejor dicho, responder con nuevas atrocidades a la barbarie nazi. Esa fue la política de los aliados tras finalizar la II Guerra Mundial, con un desmesurado furor revanchista que dio como resultado el saldo de tres millones de alemanes muertos entre 1945 y 1948. Un periodo negro, equiparable en muchos aspectos a los seis años anteriores que devastaron Europa, pero largamente silenciado tanto por los vencedores como por los vencidos. Los primeros, para no confesar sus crímenes y el incumplimiento casi generalizado de la Convención de Ginebra. Los segundos, para no ser acusados de victimismo.

Y pese a la extensísima bibliografía sobre la contienda, los trabajos enfocados en la dura posguerra alemana se cuentan con una mano. Ahora, el historiador británico Giles MacDonogh reconstruye con pelos y señales el horror que siguió al Holocausto en *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana* (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores).

Se trata de un millar de páginas de exhaustiva investigación histórica en la que las cifras hablan por sí mismas. Se estima en más de 200.000 los niños nacidos en 1946 fruto de las violaciones de las fuerzas aliadas, sin contar con las olas de pillaje, expolio y violencia. Más de 16 millones de civiles alemanes fueron expulsados de sus hogares y desplazados a la fuerza. Los estigmatizados campos de exterminio nazi como Auschwitz, Sachsenhausen, Buchenwald, Dachau y Bergen-Belsen volvieron a reutilizarse con prisioneros de guerra alemanes y sus carceleros no dudaron a la hora de aplicar «un trato similar al utilizado por los nazis», apunta MacDonogh.

Varias personas sacan mercancías de un tren. / SUDETENDEUTCHES ARCHIV.

Por lo que respecta a los americanos, tampoco pasaron de puntillas. «Traspasaron sus presos de guerra a los británicos y franceses para luego denunciar su maltrato», apunta el autor, «pero en sus campos de concentración cercanos al Rihn dejaron morir a 100.000 bajo la inclemencia del tiempo». En conjunto, «los aliados cumplieron la Convención de Ginebra hasta que se vieron desbordados y luego simplemente se la saltaron», dice MacDonogh. En la práctica, «los soldados alemanes quedaron a merced de los gobiernos de cada territorio», dice el historiador refiriéndose a la Europa del Este, «y fueron utilizados para trabajos forzados en la reconstrucción o, en algunos casos, directamente esclavizados».

El ensayo también repasa las arbitrariedades jurídicas tras los Procesos de Nüremberg «a falta de un cuerpo legal» y el hecho de que «el principal jurista soviético era un general». Lo que llevó a que «simples generales alemanes, cuya actuación durante la guerra había sido equivalente a la de los generales aliados, recibieran el mismo trato y penas que los oficiales de las SS». El otro tema espinoso del que se ocupa MacDonogh es la reincorporación de muchos «nazis de tercera fila al estado de la nueva República Federal a partir de 1949 y se miró hacia otro lado». Algo inevitable dada la ausencia de profesionales (médicos, abogados, profesores) en la reconstrucción alemana, y también que «nueve millones de alemanes habían pertenecido a las filas del partido nacionalsocialista».

O. ORBYT.es

>Vea el análisis de Matías Néspolo sobre la obra de MacDonogh.